

## La lengua, las nuevas tecnologías y la cultura desde la perspectiva de la variación lingüística\*

Emilio MONTERO CARTELLE  
Universidade de Santiago de Compostela

El valor cultural de la lengua está fuera de duda, pero ¿ocurre también con las nuevas tecnologías?, ¿son también bienes culturales? Depende. Desde una perspectiva general, la respuesta sólo puede ser afirmativa. Sí, lo son. Desde la óptica de la filosofía de la ciencia, la situación es más compleja. Ni ha estado ni está completamente cerrado el problema de lo que se debe entender como cultura, ni las “tecnologías” lo han tenido fácil para acogerse a esta noble etiqueta. El problema, como casi siempre, no es de ahora. Viene de los propios fundamentos de nuestra sociedad y de nuestra cultura. Ya en la antigüedad clásica había dos posturas claramente enfrentadas. Platón, en la Grecia del siglo IV a.C., diferenciaba entre prácticas y procedimientos técnicos, por un lado, y ciencia (*episteme*) y cultura filosófica, por el otro, reservando para estas últimas lo que posteriormente se caracterizaría como cultura, en un sentido restringido. Más claro todavía había sido Aristóteles con su separación tajante entre *praxis* y *poiesis*.

La concepción de la cultura como un sistema integrado de técnicas no era, sin embargo, tampoco ajeno a la antigüedad clásica. Se documenta ya en autores como Solón, Píndaro o Sófocles, si bien es cierto que nunca participó de la difusión de la postura de quienes se opusieron a asociar el ejercicio de las técnicas con sabiduría (*sophia*). De hecho, todavía en el siglo XX no sólo no se había producido el encuentro, sino que incluso se había agudizado el desencuentro, a pesar de lo mucho que habían evolucionado los referentes de lo que se entiende por cultura, ciencia o tecnología. En 1959, el científico y novelista británico C. P. Snow dictó una conferencia en la Universidad de Cambridge con el título “The Two Cultures” (Snow 1977), en la que señaló<sup>1</sup> con alarma una división en el mundo occidental entre una “cultura literaria” y una “cultura científica”, separadas por una infranqueable barrera de ignorancia y prejuicios recíprocos. Cada una de ellas habría generado no sólo dos tipos de saber, sino psicologías y sensibilidades enfrentadas, hasta el extremo de dificultar extraordinariamente la simple comunicación entre intelectuales y científicos. Para C. P. Snow la “cultura científica” representaba la modernidad, el futuro, y la “literaria” era la cultura tradicional, que, ciega y sorda a las formidables transformaciones operadas en la vida social por los descubrimientos científicos y las innovaciones de la técnica, pretendía ingenuamente encarnar ella sola la cultura con mayúsculas y “administrar la sociedad occidental”. Los héroes del ensayo de C. P. Snow eran los científicos, en especial los físicos, adelantados del progreso, y, en cambio, los que él indistintamente llamaba humanistas, literatos

---

\* Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto FFI2010-20904.

<sup>1</sup> Lamentaba el gran desconocimiento de la ciencia por parte de los humanistas lo que les hacía vivir de espaldas a la realidad de su tiempo. Para él, la cultura literaria, hostil a la ciencia, representaba sin más un obstáculo en el camino del progreso y de la solución de los problemas mundiales.

o intelectuales eran, más bien, una curiosa rémora para la evolución de la humanidad y la universalización de la cultura.

La respuesta llegó del crítico literario Frank R. Leavis, quien defendía la cultura literaria frente a la científica insistiendo en que la mera adquisición de conocimientos no significaba realmente cultura. La verdadera cultura debía ser un enriquecimiento del espíritu<sup>2</sup>. Si no lo era, estos conocimientos no formaban parte de la cultura, eran meras informaciones que en sí mismas carecían de valor.

En 1991, el editor estadounidense John Brockman convocó a una veintena de científicos de Estados Unidos, Inglaterra y Australia a participar en un foro electrónico. Nació así "The edge, La tercera cultura" (<http://www.edge.org>), con la intención declarada de fomentar la superación entre ambas ramas del conocimiento mediante un trabajo de divulgación científica y de promoción del racionalismo y del humanismo secular. Parecía, pues, que se había alcanzado la integración entre los dos ámbitos tradicionales de la cultura y, sin embargo, no fue así. Las reticencias que, en un primer momento, procedían de los hombres de ciencia, empezaron a surgir desde el mundo de las letras. Los hasta entonces depositarios de la cultura se sentían desplazados. Percibían que la Tercera Cultura podía convertirse en un club prácticamente de científicos; tendía a dejar la ciencia en manos de los divulgadores<sup>3</sup>, a presentar los avances envueltos en altas dosis de sensacionalismos y a facilitar su uso político.

El debate sigue y seguirá, de hecho, abierto, mientras se presente y analice en términos de preeminencia, de quién es el depositario y el motor de la ciencia. Renunciemos a los *egos* y volvamos a la senda de la filosofía de la ciencia, en la que, como parece lógico, se propugna una visión integradora de la cultura que comprenda

no solo capacidades, actividades y realizaciones de carácter simbólico (tales como representaciones e interpretaciones simbólicas, discursivas, artísticas, teóricas, valorativas, etc., es decir, la cultura en su acepción más restringida), sino también las técnicas y artefactos materiales (con los que se acostumbra a identificar la técnica *tout court*), formas organizativas de interacción social, económica y política (lo que se entiende corrientemente por sociedad) y prácticas y realizaciones biotécnicas, relacionadas con los seres vivos y el entorno biótico (o naturaleza en sentido general).

Cualquier práctica cultural implica, de hecho, el entramado de todos los diversos dominios en cuanto que todas las prácticas vienen mediadas por artefactos materiales, representadas e interpretadas simbólicamente, articuladas socialmente y situadas ambientalmente. Así, los artefactos y las técnicas materiales han intervenido decisivamente en las prácticas culturales desde los mismos orígenes de las culturas humanas (Medina 2003: 44).

Llegados a este punto no hay que ser tampoco tan incautos que se crea que todo está resuelto. Por mucho que diga la teoría de la ciencia, las reticencias no han desaparecido. Sigue habiendo corrientes de opinión empecinadas en que la técnica o debe estar subordinada a la cultura científica o debe ser contemplada desde otras perspectivas, léase económicas, sociológicas, etc., por lo que en sí misma apenas alcanza el rango de bien cultural. Me

---

<sup>2</sup> Para aclarar cómo se produjo este proceso de separación de las dos culturas, la literaria frente a la científica, y qué factores contribuyeron a ello, remito a Diéguez Lucena (2000).

<sup>3</sup> Así lo manifestó Javier Sampedro en una entrevista que concedió a la revista *Métode* en 2004.

quedo con el sentido amplio que ofrece la antropología, desde cuyo planteamiento la tecnología es una construcción social y una manifestación de la cultura, que consume valores culturales y también los construye.

La relación de las lenguas con las nuevas tecnologías reproduce en otro orden las pautas reseñadas. Desde la perspectiva de las lenguas como objeto científico tres son las posturas más destacadas. Hay adeptos incondicionales, para los que nada se puede hacer en lingüística sin su concurso. Hay quienes las perciben, por el contrario, como una amenaza. Y, por último, están los que las utilizan como un instrumento al servicio de la investigación, que facilita el acopio y manejo de los datos, pero que, en modo alguno, debe suplir ni el conocimiento profundo de los textos, ni, por supuesto, la descripción y la explicación. Desde la óptica de la lengua como sistema de comunicación, como sistema, norma y habla, siguiendo a Coseriu (1962), las posiciones son todavía mucho más encontradas. O se las ve como un peligro para su integridad o se defiende, por el contrario, que en ellas reside el futuro de las lenguas. Sea cual fuere la perspectiva que se adopte, debe reconocerse que apenas hay dimensión de la lengua como objeto de estudio que no se haya visto afectada por las Nuevas Tecnologías.

Por mi parte, me limitaré a hacer unas reflexiones de orden general sobre el uso que de la lengua se hace en las *tecnologías de la información*, una restricción ya en el inabarcable mundo de las *nuevas tecnologías*, y, dentro de ellas, a *servicios* muy concretos como el correo electrónico, los foros, las conversaciones virtuales, conocidas como chats, y poco más. No entraré, obviamente, en cuestiones de detalle.

Retomaré para ello el concepto de cultura y bajo su manto intentaré acoger los mencionados *servicios*. Para ello creo preciso alejarse un poco de la visión estrictamente filosófica de la cultura y adoptar una acepción más antropológica con el fin de poder presentarla como la habilidad de adaptarse al medio. No se trata sin más de renunciar a identificarla con los conocimientos, sino de verla como “patrones aprendidos de comportamiento” (*cfr.* Medina 203: 38 y la bibliografía por él citada), que, en el caso de la lengua, nos llevaría a interpretarla como la capacidad de amoldarla a las muy distintas situaciones comunicativas que se dan en la vida diaria. Acepto que semejante formulación pueda, por generalista, levantar suspicacias. No debería. De hecho, no está muy alejada de las teorías de la variación, aunque, eso sí, está planteada de un modo muy llano, quizá en exceso. Para subsanarlo he aquí una breve presentación más técnica del marco teórico variacional de Koch & Oesterreicher (2007), que puede ser de gran ayuda para interpretar en su justa medida lo que está sucediendo con el lenguaje en la Red.

Diferencian, de entrada, el *medio* o *canal* de realización, que sólo puede ser o *fónico* o *gráfico*, y la *concepción* o el modo de configuración lingüística de la expresión (*hablado* y *escrito*), que, por contra, es un continuo, cuyos extremos se corresponden con las formas de comunicación que representan la inmediatez comunicativa (*hablado*) y la distancia comunicativa (*escrito*). Es un espacio multidimensional que acoge todas las posibilidades conceptuales entre la oralidad y la escrituralidad. Subdividen, de salida, el nivel histórico de Coseriu, dando entrada a la historicidad de las lenguas y a la historicidad de las tradiciones discursivas. Hablar sigue siendo una actividad universal, que se realiza individualmente, pero a través de un doble filtro, uno de orden lingüístico y otro de orden textual. El primero se corresponde con las lenguas, en tanto que técnicas históricas y sistemas de

normas, mientras que el segundo lo hace con los modelos de producción y recepción discursiva. Las llamadas *tradiciones discursivas* son también, por tanto, maneras tradicionales de decir o escribir, que, a pesar de ser independientes de las lenguas históricas particulares, “seleccionan la intervención en el discurso de determinadas variedades lingüísticas, así como de determinados patrones de verbalización” (López Serena 2007: 155).

En este marco o en otro similar en el que primen la idea de la variación como algo inherente a la lengua y la de la lengua como *energeia*, es decir, una fuerza activa que está al servicio del pensamiento (*cfr.* Coseriu 1978), sí se pueden buscar respuestas a cómo las nuevas tecnologías han afectado a la lengua española, en concreto, y a cualquier otra lengua, en general. Permite, en primer lugar, enfrentarse con realismo al tópico bastante extendido de que el uso del lenguaje en la Red es pobre e incorrecto, cuando no sumamente deficiente. Es una impresión un tanto sesgada, surgida de la simple comparación con la norma y con una sola modalidad de lengua escrita. Una visión, como dice Mayans i Planells (2002: 103) descontextualizadora:

Los estudios sobre lengua e Internet y/o lengua en Internet a menudo se centran en analizar cómo modificamos nuestro registro lingüístico en Internet, entendiendo Internet meramente como tecnología y el registro lingüístico como algo preexistente y, hasta cierto punto, estable. La ecuación resultante, pues, parte de la combinación de dos factores que son tomados de un modo descontextualizado, como si existieran de un modo aislado y predefinido: de un lado, la lengua (su código normativo y sus variantes para los registros oral y escrito, etc.) del otro, la tecnología (las máquinas, los cables, el *software*, etc.).

Tal vez la manera de superar la mencionada descontextualización sea interpretar la Red como un *medio* propio, ampliando y adaptando a las Nuevas Tecnologías el concepto de *canal de realización* que, en la teoría de Koch & Oesterreicher, sólo podía ser *fónico* o *gráfico*. Si así se aceptase, se estaría en la senda de proponer “modelos explicativos que, nuevos o no, permitan elaborar un metalenguaje apropiado en torno a las estrategias pragmáticas de este tipo de intercambios así como formalizar sus constantes lingüísticas, a partir de su manifestación en tipos de discursos concretos” (Pano 2008: 9). En el estado de investigación actual hay ya razones suficientes para mantener que hay diferencias fundamentales entre los textos de otros medios de comunicación y los que navegan por la Red<sup>4</sup>. ¿No es posible, como dice Galán Rodríguez (2007), que los nuevos medios hayan modificado el modelo tradicional de comunicación, de la misma manera que han modificado el estándar de relación social?

---

<sup>4</sup> En el primer caso, sostiene Morala (2001), “unas pocas personas crean unos textos que luego consumen masivamente millones de personas, mientras que, en la Red, cada receptor tiene al mismo tiempo la posibilidad de ser también emisor, con capacidad para intervenir en la discusión. Es ésta una diferencia que de forma obligada ha de afectar de uno u otro modo a la comunicación en sí misma y al tipo de lengua en la que se establece”. Más allá va Galán Rodríguez: “Es innegable que está surgiendo un cuarto medio de comunicación muy complejo entre lo oral, lo escrito y lo gestual, con los que comparte determinados rasgos sin identificarse totalmente con ninguno de ellos” (2002: 116). En el ámbito lingüístico-cognitivo, los cambios más significativos que ha introducido el uso de los mensajes con el móvil afectan sobre todo a la noción de competencia comunicativa (cómo manejamos la lengua según las situaciones) y a los procesos de codificación y descodificación de los contenidos que se transmiten (2007: 65).

Otro elemento de interés en la teoría propuesta es la distinción entre la realización material de expresiones lingüísticas y su configuración lingüística. La segunda recibe el nombre de *concepción (hablada / escrita)* y se corresponde en la práctica con la planificación sintáctica, la coherencia textual, las variedades empleadas, etc. La primera la identifican con *medio de la realización* y se manifiesta, por el contrario, o bien en forma de sonidos (*código fonético*) o bien en forma de signos escritos (*código gráfico*). Pues bien, la propuesta va en el sentido de dar un sentido amplio al concepto de *medio*, de manera que pueda ir más allá del aspecto gráfico y adaptarse a las circunstancias y condiciones de las nuevas tecnologías. Se busca, de esta forma, poner de relieve que, de la misma manera que la invención de la escritura tuvo destacadas implicaciones cognitivo-lingüísticas, también las características técnicas y el sistema operativo de los nuevos medios condicionan la producción lingüística (Galán Rodríguez 2002, *cf.* también Cervera Rodríguez 2002). Se daría, de esta forma, entrada a una serie de aspectos que ayudaría a una mejor comprensión de algunas peculiaridades del lenguaje en ciertas actividades de la Red. Como otros muchos, percibo en las limitaciones del teclado, en las reducidas dimensiones de la pantalla, en el propio sistema operativo y, sobre todo, en las muy diversas propiedades técnicas de los servicios de transmisión (correo electrónico, foros de debate, conversaciones virtuales, teléfono móvil, etc.) elementos suficientes que pueden mediatizar el proceso de codificación y descodificación textual. No lo explican todo, pero sí algunas de las más llamativas y visibles características de, por ejemplo, los SMS y sus formas convencionales de abreviar los mensajes.

Un tercer parámetro de provecho en el marco teórico variacional de Koch & Oesterreicher es la configuración lingüística de la expresión. Lo llaman *concepción*. En él, tienen cabida lo *hablado* y lo *escrito*, pero nunca como una dicotomía, sino como un continuo entre sus manifestaciones más extremas, las correspondientes a las formas de comunicación que representan la *inmediatez comunicativa (hablado)* y la *distancia comunicativa (escrito)*. Este continuo concepcional entre inmediatez y distancia comunicativa resulta central en el diastema variacional. En torno a él se articula la relación entre todo el conjunto de variedades lingüísticas (*cf.* López Serena 2007: 152). Como punto final de la *cadena variacional*<sup>5</sup> admite elementos de cualquiera de las otras dimensiones y, además, esas otras tres dimensiones diasistemáticas orientan su escala de marcas internas en razón de dicho continuo entre lengua inmediata y lengua distante (Koch & Oesterreicher 2007: 152). Parece, pues, el marco adecuado para acoger, describir y explicar una de las pocas constantes que se reconocen en el análisis del lenguaje en la Red. De manera sorprendentemente casi unánime se acepta que la Red predispone a la escritura y, además, que esta reactualiza la comunicación de base oral, de donde el exceso de denominaciones que transmiten su carácter híbrido. Van desde llamarla “oralidad electrónica” (Ong 1982) y “texto escrito oralizado” (Yus Ramos 2001: 139) hasta soluciones de compromiso como “palabra oralizada”, “oralidad escrita” o la creación del neologismo “ciberhabla” y otros (*cf.* una relación en Galán Rodríguez 2002, n. 4). Todas inciden en el apego de los nuevos medios por el lenguaje de

---

<sup>5</sup> Reservan este concepto para el mecanismo sincrónico de relaciones entre las diferentes dimensiones, cuya dirección es fija. Lo diatópico puede funcionar como diatrático y lo diatrático como diafásico, pero no a la inversa (*cf.* Koch & Oesterreicher 2007: 38).

la inmediatez comunicativa, al tiempo que insisten en que posee rasgos del código escrito, para concluir que la dicotomía al uso “lengua escrita y lengua hablada” debe replantearse. Hay que reformular la concepción hablada y escrita de la lengua y presentarla como un continuo en el que encajar los nuevos y tradicionales tipos de intercambio según su proximidad o lejanía con los extremos de la inmediatez o de la distancia comunicativa.

La última variable de la mencionada teoría de la variación hace referencia a la historicidad y a sus dos componentes: la historicidad de la lengua y la de las tradiciones discursivas. Son dos aspectos del nivel histórico que vienen a confirmar que “hablar no es sólo decir algo a alguien sobre las cosas de acuerdo con las reglas de una lengua (su sistema y norma), sino que suele ser, además, decir algo según una determinada tradición textual de hacerlo” (Kabatek 2004: 250)<sup>6</sup>.

La teoría de la variación, sea la propuesta o cualquier otra, diseña un marco que parece muy sugerente para el tema que nos ocupa. Matiza e impide, de entrada, visiones apocalípticas sobre la lengua en la Red, como las que derivan de recurrir a la norma como único parámetro para juzgarla. Permite, de salida, recurrir a un concepto de cultura en el que el conocimiento de la lengua se manifiesta en su capacidad de adaptación al medio, a los interlocutores, al tema, al lugar; en definitiva a todas las posibles circunstancias que concurren en el intercambio comunicativo. Se anticipa así y encauza los posibles peligros de propagar fuera de su ámbito lo que, en realidad, nació y tiene su función en el marco muy concreto de las nuevas comunicaciones y en el de los servicios a los que dio origen. Sin su concurso, cualquier comparación resulta inadecuada.

Entre una y otra conclusión, la metodología propuesta proporciona elementos teóricos para acercarse al lenguaje de la Red de manera más sencilla de lo que viene siendo habitual. Avala un continuo entre la inmediatez y a la distancia comunicativa en el que situar todas sus manifestaciones con cierta naturalidad y sin que ni siquiera se sienta la necesidad de interpretarlo como un híbrido entre la escritura y la oralidad. De hacerlo, habría en buena lógica que proponer una posibilidad semejante para otras manifestaciones escritas de la oralidad que tuvieron lugar en épocas tan pretéritas y en condiciones tan distintas como en el discurso reproducido en las actas de la Inquisición, en la documentación emitida por semicultos, en las cartas procedentes de las Indias, etc., cuyas peculiaridades también dieron lugar a denominaciones no muy alejadas de las anteriores, como, por ejemplo, “mímesis de la oralidad” y “oralidad literaria”. La opción de distinguir dos aspectos en el nivel histórico, el que deriva del hecho de que una lengua es un saber común de una comunidad históricamente dada y el que procede de la historia de los textos o discursos no es una cuestión baladí. Ayuda a intuir que esa naturaleza híbrida que se suele presentar como común a los servicios que aportan las nuevas tecnologías debe, por principio, adoptar modalidades divergentes en sus formas de expresión, al margen de que, también necesariamente, participen de aspectos comunes. Quiere ello decir que las generalizaciones deberían formularse con suma precaución. No es lo mismo escribir un correo electrónico que participar en un foro, ni enviar un

---

<sup>6</sup> “Este principio no necesitará mayores justificaciones. Parece derivar del principio de economía de la actuación humana y del hecho de que pueda resultar más económico repetir un texto o un esquema textual guardado en la memoria que crear un texto totalmente nuevo” (Kabatek 2004: 252-253).

mensaje a través del móvil que comunicarse en una charla virtual. El correo electrónico se considera el más próximo a la lengua escrita, y, aún así, se percibe la necesidad de establecer tipos (profesional, institucional, comercial, publicitario y personal) en razón de los muy diversos grados de formalización que le imponen sus distintas finalidades, los niveles de relación y de proximidad que median entre sus usuarios y el conocimiento compartido o no del que parten. Las charlas virtuales se presentan, por el contrario, como más cercanas a lo oral y, de hecho, se dice que “escribimos” correos electrónicos, pero “hablamos” en el *chat* o en los juegos virtuales (Galán Rodríguez 2002). Los *foros* son marcos de discusión que adoptan formas muy variadas. La propia heterogeneidad del tema y de sus objetivos hace que sea muy difícil reducirlos a unas pautas concretas. Los hay formales y los hay coloquiales, casi siempre en razón de sus usuarios y de sus intenciones comunicativas, de la misma manera que los hay que tienden a fomentar la creación de comunidades con reglas propias y, en algunos casos, a usar un lenguaje propio. Los conocidos como SMS, es decir, los mensajes a través del móvil, han adquirido tintes de prácticamente un acontecimiento sociológico con tanta fuerza que han condicionado la evolución técnica de los propios aparatos con los que se transmiten y han generado una nueva forma de escritura que opera por esquematización y simplificación de los contenidos (*cfr.* Galán Rodríguez 2002, 2007).

Harina de otro costal sería evaluar si las individualidades de estas formas de comunicación han alcanzado o no el grado de nuevos géneros o nuevas tradiciones discursivas. El tiempo lo dirá, pero entre tanto ya ha aparecido alguna tesis al respecto y alguna otra publicación. Cristina Vela Delfa defendió la suya en la Universidad Complutense de Madrid con el título *El correo electrónico: el nacimiento de un nuevo género* (Vela Delfa 2006). El volumen 24 de la revista *Estudios de Lingüística del Español* de la Universidad Autónoma de Barcelona es un monográfico sobre *Nuevos géneros discursivos: los textos electrónicos* (López Alonso & Séré 2006). Joan Mayans i Planells tiene un artículo en la revista *TEXTOS en la Red* que rotula “Género confuso: género chat” (Mayans i Planells 2000).

Unas breves reflexiones para terminar. La primera versa sobre el concepto de cultura para reconocer que las nuevas tecnologías tienen “una fuerte influencia en el ámbito cultural de las sociedades modernas”, pero también para recalcar que “estas nuevas tecnologías son siempre modeladas por los ambientes culturales que las adoptan” (Bueno & Santos 2003: 9). La segunda lo hace sobre la lengua para traer a colación una cita de Crystal que dice “Si Internet es una revolución, será precisamente una revolución lingüística” (2002 [2001]: 8), y acto seguido recordar algo que sabemos todos, en concreto que la lengua es un “instrumento capaz de amoldarse a los usuarios mediante la integración de procedimientos léxicos tomados de registros idiomáticos diferentes; procesos lingüísticos propios (acronimia, abreviaciones, cambios de significado de palabras usuales, configuraciones morfológicas, formas siglares, palabras y expresiones coloquiales...); incorporación de tecnicismos y de palabras préstamo —principalmente anglicismos—; procedimientos innovadores mediante símbolos, iconos, códigos gráficos, tipográficos, alfanuméricos, puntuarios, alteraciones de las formas y del espacio de la escritura...; y otros que reflejan la libertad creativa y expresiva de los hablantes” (Cervera Rodríguez 2002). Y la última tiene un cariz sesgadamente gremialista. Se nos critica que el lenguaje esté cambiando a la velocidad que lo hacen las Nuevas Tecnologías y que, por nuestra parte, seguimos anclados en paradigmas científicos que no pueden o no saben dar cuenta de los nuevos modelos de comunicación y

de relación social (Barrera Linares 2007). Tal vez hubo una primera etapa de estupor y de parálisis, pero ya no. Prácticamente se han cubierto casi todas las facetas del lenguaje en la Red y, lo que es más importante, aunque no haya sido así, hay herramientas para hacerlo, bien aplicándolas directamente, bien adaptándolas al nuevo entorno, no en vano la lingüística actual es básicamente una lingüística de la comunicación.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARRERA LINARES, L. (2007): "Internet y la necesidad de una nueva teoría psicolingüística". *Enunciación* 0, 164-172.
- BUENO, C. & M. J. SANTOS (coords.) (2003): *Nuevas tecnologías y cultura*. Barcelona: Anthropos.
- CERVERA RODRÍGUEZ, A. (2002): "La irrupción del coloquialismo en Internet y las nuevas tecnologías". *Actas del II Congreso Internacional de Lengua Española: El español en la sociedad de la información*, Valladolid. <[http://www.cervantes.es/nevas\\_fronteras\\_del\\_español/4.lengua\\_y\\_escritura/Cervera\\_a.htm](http://www.cervantes.es/nevas_fronteras_del_español/4.lengua_y_escritura/Cervera_a.htm)>.
- COSERIU, E. (1962): "Sistema, norma y habla". *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos.
- COSERIU, E. (1978): *Sincronía, diacronía e historia: el problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos.
- CRYSTAL, D. (2002 [2001]): *El lenguaje e Internet*. Madrid: Cambridge University Press.
- DIÉGUEZ LUCENA, A. (2000): "¿Hubo siempre dos culturas?". *Contrastes* 5, 45-62.
- GALÁN RODRÍGUEZ, C. (2002): "En los arrabales de la comunicación. Los mensajes SMS". *Anuario de Estudios Filológicos* XXV, 103-117.
- GALÁN RODRÍGUEZ, C. (2007): "Conecta con nosotros: los SMS universitarios". *Revista de Estudios de Juventud* 78, 63-74.
- KABATEK, J. (2004): "Tradiciones discursivas jurídicas y elaboración lingüística en la España medieval". *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales* 27, 249-262.
- KOCH, P. & W. OESTERREICHER (2007): *Lengua hablada en la Rumania: español, francés, italiano*. Madrid: Gredos.
- LÓPEZ ALONSO, C. & A. SÉRÉ (eds) (2006): *Nuevos géneros discursivos: los textos electrónicos*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- LÓPEZ SERENA, A. (2007): *Oralidad y escrituralidad en la recreación literaria del español coloquial*. Madrid: Gredos.
- MAYANS I PLANELLS, J. (2000): "Género confuso: género chat". *TEXTOS* 1. <<http://www.cibersociedad.net>>.
- MAYANS I PLANELLS, J. (2002). "De la incorrección normativa en los chats". *Revista de Investigación Lingüística* 2/V, 101-116.
- MEDINA, M. (2003): "La cultura de la tecnociencia". En C. BUENO & M. J. SANTOS (coords.): *Nuevas tecnologías y cultura*. Barcelona: Anthropos, 29-74.
- MORALA, J. R. (2001): "Entre arrobas, eñes y emoticones". *Actas del II Congreso Internacional de la Lengua Española: El español en la sociedad de la información*, Valladolid. <[http://www.cervantes.es/nevas\\_fronteras\\_del\\_español/4.lengua\\_y\\_escritura/Cervera\\_a.htm](http://www.cervantes.es/nevas_fronteras_del_español/4.lengua_y_escritura/Cervera_a.htm)>.
- ONG, W. J. (1982): *Oralidad y escritura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PANO, A (2008): *Dialogar en la Red: La lengua española en chats, e-mails, foros y blogs*. Berlin: Peter Lang.
- SNOW, C. P. (1977): *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid: Alianza.
- VELA DELFA, C. (2006): *El correo electrónico: el nacimiento de un nuevo género*. Madrid: Universidad Complutense.
- YUS RAMOS, F. (2001): *Ciberpragmática. El uso del lenguaje en Internet*. Barcelona: Ariel.